

PERLITAS

Reseña de la obra teatral

El deber de no dañar al otro

Lic. Sebastián Sigifredo

sebastiansigifredo@gmail.com

Facultad de Ciencias de la Comunicación
Universidad Nacional de Córdoba
Córdoba – Argentina

FOTOGRAFÍAS
Simón Templar

CORRECCIÓN LITERARIA
Mariana Moretto Fraga

Recibido: 30 de octubre de 2023 / Aprobado para publicación: 2 de diciembre de 2023



Copyright © 2018 Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Reseña de la obra teatral

El deber de no dañar al otro

SEBASTIÁN SIGIFREDO

El que no sabe de amores, llorona,
no sabe lo que es martirio
La llorona

Amores, dolores y maldiciones se corporizan en una obra desmontada. Una confluencia de universos personales que se expande como olas en un mar embravecido. El Cuenco Teatro¹ cobija en su patio-galería gente que espera. Entre cigarrillos y sonrisas cómplices, el murmullo de los presentes rompe el silencio que recorre estos márgenes del barrio Alta Córdoba. Es un miércoles de julio y estamos transitando un invierno desangelado en esta parte del hemisferio sur.

Estuve en el estreno de *El deber de no dañar a otro*² y ahora, cuatro semanas después, vuelvo a la función de cierre. Ya no soy el espectador despreocupado de aquel entonces, sino que he venido en plan de observador, o de cronista. Intento registrar sonidos, sensaciones, diálogos, gestos, miradas, todo aquello que me permita entender lo que sucede sobre del escenario. Hace más de diez años que no escribo reseñas y temo que usted, atento lector, se sienta algo defraudado. Como no estoy dispuesto a renunciar a estas líneas, ni a refugiarme en el síndrome del impostor, seguimos adelante por este desfiladero hecho de palabras y poesía.

¹ Ver: <https://www.instagram.com/elcuencoteatro>

² El nombre se deriva de la expresión *alterum non laedere*, un principio jurídico que proviene del latín y que, en nuestros días, se traduce como el deber de no dañar a nadie.

Un taller, una obra, muchos mundos

El taller de producción teatral *Mi vida también es una obra de teatro*, que coordinan Gastón Mori³ y Rodo Ramos,⁴ es inseparable de *El deber de no dañar a otro*. El taller se dicta en La Parisina Casa de Arte, en el corazón de barrio Alberdi de la ciudad de Córdoba, bajo la idea de producir junto a otros y hacer funciones en una sala de teatro independiente. No se trata de un taller de iniciación –tan necesarios para acercar cada vez más a personas al siempre efervescente mundo del teatro–, sino de una apuesta más ambiciosa destinada a quienes tienen algún recorrido en las artes escénicas. Así, en este grupo confluyen actrices y actores con experiencia en el teatro independiente, el cine o cuerpos estables oficiales de la escena local, estudiantes y profesores de teatro, y también un núcleo de aficionados, personas que no se dedican al teatro pero que desde hace años lo transitan a través de talleres y espacios afines.



³ Gastón Mori es actor, docente y director teatral.

⁴ Rodo Ramos es actor, docente y escritor.

En la previa a cada función, Gastón Mori dirige unas palabras al público para explicar el proceso de creación colectiva que ha sido el germen de esta obra semimontada. “Este viaje hermoso...”, arranca Gastón y se abre a un océano de palabras para intentar contar de qué manera se seleccionan las temáticas trabajadas, y cómo esos disparadores sirven para reunir y confrontar materiales, crear textos, producir atmósferas. Así, hasta que aquello que *a priori* parece una masa informe comienza a corporizarse a golpes de cincel y mucho ensayo y error. Habla de músicas, películas, textos, movimientos estéticos, autores que han formado parte de un acervo común del que se han alimentado las y los talleristas para construir las escenas de la mano de Rodo Ramos. Habla de otras capas que se conjugan en la obra, horadadas por las aportaciones originales de los actores y las actrices⁵ a partir de sus universos personales: resabios del pasado, una mirada que se encuentra con otras, un fraseo, algún giro inesperado.

La experiencia colectiva cobra sentido en cada intervención y se sostiene en un entramado de propuestas que ha servido de catalizador para el desarrollo de la obra. Esto ha sido posible gracias a un proceso de reescritura dramática, cuyo logro más encumbrado es su cristalización en un proyecto teatral para ser presentado públicamente. Eso y una meticulosa labor en la dirección de Gastón Mori para hacer confluir todos esos mundos posibles.

Del amor y sus derrotas

Dentro de la sala se ha desatado una tormenta. Repiquetean truenos y el ambiente es lúgubre, interrumpido apenas por unas lamparitas tenues. El humo que se escapa por unas estrechas ventoleras incrustadas en la pared, a la altura del cielorraso, y que se arremolina en la enredadera que engalana el patio de El Cuenco Teatro, completa un cuadro sombrío. La naturaleza hace su parte: el cielo plomizo, la luna ausente, la noche cerrada sobre sí misma.

⁵ En escena: Ariel Aybar, Fabián Rosales, Carla Foradori, Julio Chavero, Gabo Chiappero, Cochi Gaspoz, Nati Cuevas, Nahuel Dezuliani, Diana Oliva, Flavia Piccolo, Jorgelina Fúnez, Pola Halaban, Ceci Loforte, Cande Luna, Victoria Mandrile, Paola Marchi, Meli Mateo, Ana Michelotti, Raúl Sánchez, Ricardo Giglioli, Ceci Torrejón y Laura Villa.

En escena hay veintidós sillas. Ninguna se parece a las demás. Los gurúes del diseño señalan que no hay otro objeto que se haya reinventado tanto a lo largo de la historia. Símbolo de estatus de la realeza y el clero en la antigüedad, su industrialización impulsó su masificación y diversidad. En esta sala, la silla con respaldo de escalera convive con otros estilos y tipologías menos célebres, aunque también hay una imitación de la famosa silla vienesa de Thonet. Cada una de estas sillas tiene voz propia. Han encarnado en cuerpos y bocas que dicen y callan promesas, deseos, dolores, maldiciones.

Una figura recortada en sombras se desplaza entre los cuerpos que gravitan sobre el escenario. Suena un acordeón. Lo que surge como una melodía lastimosa se transforma en ese himno al desamor que es *La llorona*.⁶ Un hombre se abre paso con su voz ceremoniosa. Hay un dejo de desolación en este peregrinaje sin estridencias. Una caravana solitaria de palabras que se consume a fuego lento hasta que alguien dice: “¿Podes venir?” y uno se siente parte del convite.



⁶ *La llorona* es una canción popular mexicana que se relaciona con una leyenda de origen prehispánico, en la que una mujer que ahogó a sus hijos, arrepentida y maldecida, vaga llorando por ríos, pueblos y ciudades.

El deber de no dañar a otro está surcado por interrogantes en torno al amor, la vida y la muerte, que no intentan ser respondidos. En todo caso, hay una apuesta por conectar con nuestras fibras más íntimas, con aquellas situaciones donde hemos caminado al filo del abismo. La corporización del amor, pero también su reverso, la tristeza, el dolor, la soledad se acodan alrededor de un fogón en el que la sinceridad puede tornarse un bien escaso y el odio emerger como una criatura incomprendida.

De amores y desamores está hecha la vida. De colores y oscuridades también. Ahora bien, si hay algo que aglutina estas situaciones tan disimiles en la obra es el valor que adquiere la palabra dicha. La inspiración encuentra anclaje en intervenciones donde la palabra recobra la cadencia de una sutil confesión al oído. Por momentos, otras voces lanzan letanías como latigazos cruentos, el cauce arrollador de un río desbocado que maldice. Palabras que dicen. Palabras que callan. Maldiciones lanzadas sin tapujos.

Así como se destaca la amalgama de textos propios y de autores reconocidos, en *El deber de no dañar a otro* uno de los pilares es el trabajo con la corporalidad. Cuando una energía arrolladora se apodera de los cuerpos, la silla emerge como el soporte primario de los ejercicios performáticos que se despliegan en momentos clave de la obra. Hay un juego de opacidades entre palabras y movimientos. Si el silencio cubre todo con su manto de ausencia, los cuerpos en movimiento son el sustrato que ayuda a recobrar la palabra y su magnetismo vital.

El semimontaje en clave kafkiana

En una obra semimontada, la piedra angular es la construcción de un vínculo con el espectador sin demasiados condicionamientos. Frente a la precisión técnica basada en recursos de toda índole, el semimontado transita el camino de la austeridad: puede haber luces, escenografía, vestuario, sonido o prescindirse de ellos. En *El deber de no dañar a otro* los destellos de espectacularización entran en tensión con los elementos que están a la vista: retazos de sábanas blancas, bombillas incandescentes, sillas. Y cuerpos, muchos cuerpos.

Con el correr de las escenas, las sillas parecen cobrar vida propia. El lastre de la quietud, de todo aquello que permanece estático e inmutable, se diluye poco a poco a medida que se vuelven una extensión de los cuerpos. Lo que en un comienzo se prefigura como contraste entre parálisis y acción deviene luego en una metamorfosis con destellos de realismo mágico. Los recuerdos se sientan a la mesa de estos seres sedientos de amor y envueltos en dilemas existenciales. Es una alquimia kafkiana: una larga conversación que transcurre entre sillas, donde también hay lugar para silencios incómodos.

Si bien el semimontado se revela como una obra en proceso donde el libreto cobra tal preponderancia que podría fagocitar a casi todo lo demás, nada impide correrse del canon para crear ciertas atmósferas. En todo caso, es el sentido íntimo del texto, el clima de ensoñación, lo que envuelve al público y se adueña de la escena. Con las costuras expuestas, aunque sin tanto artificio, el misterio del teatro se corporiza en estas experiencias inacabadas, pero no por ello menos ambiciosas.



La estética del semimontado suele estar a mitad de camino entre el teatro leído y una puesta completa. Sin embargo, en la rutina actoral de *El deber de no dañar a otro* se hace un uso marginal de este recurso. Apenas se vislumbra en un dúo que rumea desde un atril versos de una icónica canción de Silvio Rodríguez,⁷ fundidos con deseos de eternas maldiciones y oscuros presagios lanzados contra un amor frustrado.

Así como en algunos cuadros es posible hallar líneas convergentes que tienden hacia el infinito, en esta obra desmontada se trazan también diagonales entre la realidad y la ficción. A veces el punto de fuga puede tomar la forma de cierta complicidad con el público; otras, aparece como una interpelación: “¿Acaso se puede reparar el dolor?”, dispara una voz y se corta con el estrépito de un trueno. La ruptura de esquematismos se hace visible a través de pequeñas revelaciones. La cerrada negativa que recibe una mujer hundida en el dolor mientras recita, con presurosa insistencia, unos versos de Alfonsina Storni, colocan al espectador en una extraña incomodidad: ¿Por qué los demás no quieren escucharla? ¿Por qué ella vuelve a intentarlo a pesar de todo?

No se trata de saltos al vacío: estos cambios de registro irrumpen con desparpajo para recordar a los espectadores que están asistiendo a una obra semimontada. La naturalidad con la que fluyen el humor y la emoción hace el resto. Y aquí cabe detenerse para subrayar que no puede exigírsele al semimontado lo mismo que a un espectáculo. El semimontado no es un punto de llegada, es una botella lanzada al mar en plan de búsqueda, un intento por entablar una relación entre autores, director, actores/actrices y el público por fuera de los preceptos institucionalizados del teatro convencional.

Entre las magias del teatro está esa singularidad de construirse en un aquí y ahora. Su inscripción en una secuencia de funciones sucesivas, no es otra cosa que un *loop*⁸ aparente. Esta última función es, paradójicamente, tan similar y diferente a la del estreno que no es posible dejar de maravillarse por sus contrastes, por sus semejanzas. Para hablar de aquello que está en movimiento Heráclito enunciaba, hace ya varios siglos, que no era posible sumergirse dos veces en el mismo río. *El*

⁷ Se trata de la canción *Ojalá*, publicada en el año 1978 como parte del disco *Al final de este viaje* del cantautor cubano.

⁸ Es una voz inglesa que en el ámbito de la música refiere a un sonido o conjunto de sonidos que se repiten de manera continuada.



deber de no dañar a otro se constituye así en la misma obra semimontada, aunque en transformación, porque es la misma, pero nunca es igual.

Sobre el autor

SEBASTIÁN SIGIFREDO es Licenciado y Profesor Universitario en Comunicación Social, ambos por la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Córdoba. Es Especialista Docente de Nivel Superior en Educación y TIC por el Instituto de Enseñanza Superior “Simón Bolívar”, y diplomado en Periodismo Político por el Colegio Universitario de Periodismo. Se desempeña como docente, corrector académico y editorial. Es cofundador del Laboratorio de Expresión Oral, un espacio para la enseñanza de herramientas para hablar en público. Sus temas de interés giran en torno a la crónica periodística, la comunicación oral, los relatos de viajes, y el periodismo cultural.